

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LA JUVENTUD Y SUS COSAS (II)

Sobre las clases medias

«CLASE media... Parece que el término ya no gusta a nadie, o a casi nadie. Los sociólogos tienden a evitarlo, y los que no somos del gremio tampoco lo encontramos excesivamente satisfactorio. Sólo la inercia y la falta de etiquetas más precisas nos llevan a mantenerlo en uso. Existen buenas razones para aquella reticencia. El marchamo «clase media» ha servido para marcar y distinguir grupos sociales bastante diferentes entre sí, y el equívoco puede acabar siendo penoso. El mismo adjetivo «media» ha debido tener un valor distinto según el momento y el lugar, puesto que es únicamente una indicación digamos topográfica; lo que está entre lo alto y lo bajo. Cuando la aristocracia feudal o post-feudal constituía la clase «alta», la burguesía (¿qué había de ser sino «clase media»? Convertida la burguesía en clase hegemónica, la «clase media» será otro tipo de «estamento», o, si ustedes quieren, de «status». En realidad, como he insinuado, «diversos» tipos. Tanto es así, que a menudo acudimos al plural y decimos «clases medias», porque de este modo salvamos formalmente la evidencia compleja. Por lo demás, lo que en un pueblo rural denominan «clase media» es, a veces, una irrisoria sombra de lo que es la «clase media» urbana. Los matices —entre lo «más alto» y lo «más bajo», desde luego— son muchos, inagotables. Algunos expertos en el análisis de la sociedad, norteamericanos, claro está, eluden la categoría «clases» por considerarla grosera, poco elástica; la sustituyen por la de «estratificación», que ellos creen susceptible de explicar mejor las gradaciones de hecho...

Sea como fuere, «clases» o «estratos», hay unas gentes que están «en medio». Y esto significa, de entrada, que no pertenecen a la «clase baja»; el proletariado. Es lo único cierto. Su condición viene determinada por la circunstancia, de participar, de una forma u otra, en los beneficios de la otra; la «clase alta»; un pedacito de propiedad, un retazo de privilegios administrativos o políticos, una migaja de influencia moral. Una participación modesta y variable, desde luego. Y justamente por serlo, tampoco pertenecen de lleno a la «clase alta». En ocasiones, hasta se descubren antagonismos con ella. Su régimen de solidaridades, de rechazo, es versátil; dudoso, vacilante, suspicaz. Unas veces se unen a los de «abajo» contra los de «arriba», y las veces siguientes hacen lo contrario. Todo depende de una casuística terriblemente complicada. La historia lo certifica, y lo corrobora cualquier examen sereno de la situación actual. El llamado «marxismo vulgar» —el corriente, por estas latitudes— suele tomar el rábano por las hojas, cuando toca este punto: convierte en «esquema» lo que es «método», y el fraude de resultados delirantes. En historia y en lo que no es historia. La «lucha de clases» nunca fue una subespecie de maniqueísmo. No lo fue, ni lo es, ni puede serlo, porque la realidad social no es un melodrama romántico ni una partida de ajedrez. Los de «en medio» se interfieren en la colisión de los extremos, y la enmarañan, la enturbian, incluso la suplantán.

Los de «en medio» estaban condenados a desaparecer. Tal era el augurio, o el cálculo, de Marx. El desarrollo del capitalismo tenía sus leyes, y una de ellas anunciaba la extinción, ya fatal, de las «clases medias». El poder económico iría concentrándose en pocas manos, y cada vez más; su correlato sería una creciente «pauperización» del resto de la sociedad. Dicho de otra manera: el futuro de la clase media era hundirse en el proletariado, proletarizarse. Y así pareció que iba a suceder,

sin duda, después de la guerra del 14, y sobre todo, después de la crisis del 29. Y entonces, la «clase media» reaccionó; inventó el fascismo. El fascismo fue —y es— algo más, mucho más que las aparatosas epifanías de Hitler y Mussolini. En otros sitios tomó apariencias distintas; la «Action Française», por ejemplo, era un fascismo «avant la lettre», apenas atemperado por los prejuicios racionalistas de monsieur Maurras. Una ojeada a la literatura fascista y fascistoide nos descubre las dos bestias negras de aquellos movimientos, sus dos enemigos: el comunismo y la plutocracia. Si quitamos demagogia a los vocablos, la cosa queda clara: de un lado, la «clase baja», y del otro, la «clase alta». El ingrediente antisemita —el plutócrata ha de ser judío, sinistramente judío, y el comunista, a veces (Marx o Trotski), también— era un simple adorno para amenizar el alegato...

Bueno: los fascismos no fueron sólo un mero enfrentamiento clasista. Arrastraban más posos, y muy violentos: arrogancias raciales, ferocidades nacionalistas, mitologías militares, resentimientos étnicos, y cosas así. Pero la mezcla tuvo un excipiente común: la clase media. La clase media intentó defenderse; contra la doble amenaza que se cernía sobre ella. Contra la amenaza de «expropiación» que preconizaba el comunismo, y contra la no menos «expropiadora» amenaza que el capitalismo internacional —trusts, cárteles, monopolios o como diablos haya que decirlo— proyectaba. La paradoja de que los fascismos, empujando por el de Mussolini, esgrimiesen la bandera de la «revolución», y que la opusieran a la de los revolucionarios de siempre, se explica por la ambivalencia del fenómeno... El fascismo fue provisionalmente liquidado en la segunda guerra mundial. Para vencerle se aliaron, en efecto, Stalin, Churchill y Roosevelt: comunistas y capitalistas. Quien perdió la batalla en 1945 no fueron Alemania e Italia, sino la atribulada «clase media» continental, que, en un crescendo de miedo, se había lanzado a una aventura suicida. Insisto en que no solamente fue eso. Los demás factores también pesaron lo suyo: los apuntados y otros. Pero la entraña del conflicto hay que buscarla en aquel arrebatado ideológico que galvanizó a medio mundo. Al medio mundo «mesocrático», literalmente. Un horrible mar de sangre, en definitiva. Y que conste que no me olvido ahora de las víctimas de Hiroshima. Este es otro cantar, sin embargo.

Pasaron los años del luto y de las cicatrices, y luego, casi sin que se dieran cuenta los interesados, apareció lo que designamos con el bonito nombre de «neocapitalismo». Era un giro que no entraba en los vaticinios de nadie, tirios o troyanos, pero que se produjo con una energía invadente. La «clase media», de pronto, Creyó ver el cielo abierto. El riesgo de «descender» se desvanecía. Había en trámite un poderoso cambio de rutinas y de valores, en el cual naufragaban mucho sentimentalismo, mucha tradición, mucho decoro, peculiares de su rango. Pero ya no había peligro. El peligro de una última miseria parece conjurado. La primera generación mesocrática que se integra en el tinglado tenía que ser necesariamente optimista. La fraseología de la época —en ella estamos— es archiconocida: «planes» y «milagros», «opulencia», «ocio» y «consumo», y más palabras igualmente efusivas. Los hechos aún no están a la altura de las promesas, pero todo se andará. Es inútil que añadamos precisiones: el espectáculo funciona ahí, en ple-

na calle, incluso entre nosotros. Los automóviles, los electrodomésticos, las vacaciones pagadas, las bebidas sutiles, el deporte privado, y tantos trucos más, devuelven a las clases medias un poco de la seguridad perdida. El «consumo» de verdad, el de altos vuelos, estilo revista «L'Expansion», representa la expectativa final. A ello se sacrifican las «distinciones» de otros tiempos. Se pueden sacrificar sin demasiados escrúpulos, porque sus propios titulares han resuelto considerarlas anacrónicas: las ventajas industrializadas que ofrece el mercado son más apetecibles.

Y el espejismo alcanza a seducir, de rechazo, a una capa más o menos densa del proletariado. El acceso al televisor, a los sopicaldos envasados, a las fibras textiles sintéticas, al fotorromance semanal, a los cursos por correspondencia, hacen que se haga falsas ilusiones acerca de su condición. Decir que se «aburguesa» sería una crueldad o una estupidez. Pero comparte la alegría del disfrute, aunque sólo sean las migajas del presunto banquete. Cuentan los viajeros que en Norteamérica este proceso lleva una aceleración prodigiosa. Hay que creerlo. El concepto de «clases medias», en consecuencia, se ensancha, se anexiona zonas sociales continguas, se convierte en la materia prima del sistema, que es la «clientela». Yo no entiendo nada de economía, pero sospecho que en la «sociedad de consumo» primero se crea la demanda —el cliente— y luego se piensa en la producción. Quizá no sea exactamente como digo. En todo caso, algo de eso hay. Y, si más no, parodiando a alguien, podría afirmarse que «un proletario que ve la televisión ya no es un proletario, es un televidente». Lo mismo da un proletario que un respetable señor de la clase media: todos somos televidentes, «clientes». El beneficio es real, por una parte; ¿quién lo pondría en duda? La alucinación no es menos segura. O lo ha sido hasta hace cuatro días.

Lo ha sido. La segunda generación de «consumistas» ya no se manifiesta con el entusiasmo de sus papás. Lo estamos viendo: las criaturas que iban a lucrarse con las primicias más firmes de la nueva «sociedad» son los que han roto el fuego contra ella. Las clases medias vuelven a sentirse asaltadas por una desazón corruptora. ¿Como entre los años 18-40? Quizá sí, quizá no. La procesión va por dentro, y es muy probable que sea la misma: me refiero al mecanismo de una polarización económica extremada. Sólo que, si ocurre así, la superficie se presenta con los más dorados simulismos. Y lo sea o no, es obvio que los cachorros de la mesocracia consumidora se resisten al destino que se les tiene asignado. Renace en ellos un viejo recelo. Su larga «adolescencia» les facilita la ocasión de reflexionarlo o, al menos, de incubarlo con una intensidad que no gozaron sus abuelos fascistas. El hecho de ser numéricamente «más» que sus antecesores, permite asimismo que su desafío adquiera una mayor variedad de insolencias. La respuesta de los jóvenes pequeño-burgueses, en el período de entreguerras, no pudo ser demasiado matizada: muchos, fascizaron; pocos, optaron por el comunismo; el resto vivaqueó en la «selva selvaggia» del esteticismo que entonces se llamó «vanguardista». Hoy, en cambio...

Joan FUSTER

SIGNOS

TEMA DELICADO

SEISCIENTOS juristas, especializados en el Derecho Familiar y perteneciendo a 36 países distintos, se han reunido en el Instituto de Estudios Jurídicos de Madrid, en Asamblea extraordinaria e internacional para el examen del «Estatuto Jurídico de hijos ilegítimos y del de la madre soltera». El temario general de la Asamblea, dividida en cuatro comisiones, es por demás delicado, interesante y de urgente resolución, dado el plano inclinado por el que se desliza nuestra actual sociedad. Pero hoy —quiero tratar otro día el fascinante tema de la madre soltera— me atrae fuertemente la cifra de diez mil ciento treinta hijos ilegítimos que arroja la estadística oficial, haciendo constar en ella que a esa cifra hay que añadir cuatrocientos veintiséis expósitos, y que, todo ello, se registra en 1967. O sea, que en el espacio de doce meses el registro civil español ha hecho constar en sus libros el nacimiento de diez mil y pico ciudadanos «de padre desconocido» y que los tornos de la Inclusa, o casas de Maternidad, han recogido cerca de quinientos recién nacidos de ignorada procedencia.

No creo que ningún espíritu sensible —ya no digo cristiano— no sienta indignación ante la noticia.

En muy pocas cosas he sido intransigente en mi vida, por creer que la intransigencia, aparte de su débil categoría intelectual, ha sido —y es— motivo de muchas catástrofes morales y materiales; pero confieso, sin el menor reparo, que lo soy ante la felonía y vileza de un padre que no reconoce, ampara, da su nombre y su cariño al hijo que voluntariamente engendró. Sea cual sea su posición social, sea cual sea su estado civil, sean cuales sean las circunstancias que concurran en un hombre, ninguna le autoriza, y mucho menos defiende, para la negación de su paternidad.

Por eso estimo que el Estado, de acuerdo con la Asamblea de Juristas, debe proceder no sólo al amparo del niño abandonado, sino a la investigación de la paternidad, para obligar al padre desnaturalizado a cumplir sus deberes, con mano férrea. Una mancha de hijo ilegítimo, no sólo en documento público, sino en el corazón y en la mente, que es peor, puede segar intelectualmente muchas vidas, provocar muchos odios, y sembrar el escepticismo y la desesperación con grave daño para el hombre y también para la Patria. Es cierto que, como dice Nietzsche, «mucho tienen que hacer los padres para compensar el hecho de tener hijos»; pero no es menos cierto que ni la desfachatez del vicioso, ni la conveniencia del cauto, ni el cálculo del avaro, pueden redimir al hombre, de una obligación que libremente contrajo.

También hay que tener en cuenta —para el estudio del problema en todas sus fases— la reacción de los hijos que sufren tal condición, no para amortiguar en lo más mínimo la responsabilidad del padre, sino para ejemplaridad y aviso de futuros bellacos. He tenido en mis manos profesionales dos expedientes cuando la República, con mayor buena fe que acierto, (no me duele reconocerlo, como enemigo leal) publicó, con la ligereza que caracteriza a su juridicidad, una ley sobre «investigación de la paternidad». Uno de mis jóvenes clientes sólo aspiraba al apellido de su padre, prestigioso escritor y autor de triunfales obras de teatro, que podía favorecerle en su incipiente carrera de periodista. Otro, más materialista, ansiaba la riqueza presente y la herencia futura de un opulento fabricante que, para divertirse, había seducido a una obrera de sus talleres. En ninguno de los dos advertí el menor sentimiento filial. Era lógico: ¿Cómo habían que querer al hombre que con engaño —o sin él— volvió la espalda a su madre dejándola sola y desamparada?

Malo es que un padre no reconozca a su hijo; pero el desprecio de un hijo debe ser monstruosamente cruel.

Pablo VILA SAN-JUAN

29

FERIA OFICIAL Y NACIONAL DE MUESTRAS
2-16 octubre 1969
ZARAGOZA

COINCIDE CON LAS FIESTAS DEL PILAR

PABELLONES ESPECIALIZADOS:

ALIMENTACION
 APARATOS INDUSTRIA HOSTELERIA Y SIMILARES
 AUTOMOVILES, AUTOMOCION Y TRANSPORTE
 HOGAR Y ELECTRODOMESTICOS
 MAQUINARIA EN GENERAL
 ACCESORIOS INDUSTRIALES
 MAQUINAS HERRAMIENTAS
 MAQ. PARA OBRAS PUBLICAS Y CONSTRUCCION
 MATERIAL ELECTRICO
 MECANIZACION DE OFICINAS Y DESPACHOS
 MEGAFONIA, RADIO, TV, Y ESTEREOFONIA
 MUEBLES Y DECORACION
 PRODUCTOS DEL CAMPO

AUTENTICO ESCAPARATE DE LA PRODUCCION ESPAÑOLA

INFORMES:
Palacio ferial Gran Vía, ZARAGOZA

DELEGACION EN BARCELONA:
 D. JOAQUIN GANEZ REPOLLES - Ronda San Pedro, 47 - Tel. 225-05-42

PREUNIVERSITARIO
 70 % APROBADOS TOTALES EN LA CONVOCATORIA DE JUNIO
 SECCIONES MAÑANA, TARDE Y NOCHE

ACADEMIA FEBRER
 FUNDADA EN 1917
 CENTRO RECONOCIDO SUPERIOR
 GUILLERMO TELL, 49 — TEL. 217-04-13

BACHILLERATO
 SESIONES DIURNA Y NOCTURNA

INGENIEROS TECNICOS
 HORARIO COMPATIBLE CON EL TRABAJO

FABRICA VENDE DIRECTAMENTE
 Dralón - Seda - Terciopelo - Napel



Trabajos a medida
SOFAS CHESTER
TRESILLOS DE PIEL
 Por primera vez en España fábrica vende
 ¡¡Directamente. Sin intermediarios!!

«SHEFFIELD»
 Exposición: GALERIA TURO
 Bori y Fontestá, 19 - Barcelona - 6
 Entre Beethoven y Ganduxer
 C. Antonia Ruiz Soro, 21
 (Parque de las Avenidas)
 Teléfono 246-18-66 - Madrid-2
 Servimos a provincias